

es sometido a una serie de *geases*, los cuales, en la tradición celta, son mandatos formulados por terceras personas que se tienen que afrontar en la vida, se quiera o no.

Ahora abordaremos la cuestión de lo decadente. Todos los relatos de Smith –al menos los aquí recopilados– tienen un final funesto. Todo acaba con un aliento venenoso, ya sea por maldiciones, infortunios, o por haberte hallado en el lugar incorrecto en el momento inadecuado. Todo en Clark Ashton Smith tiene un tinte oscuro.

Pese a aunar en su literatura el relato fantástico y el aroma decadente, yo echo de menos la coherencia de Lovecraft. El universo de este último es único; todas sus historias –ya sean del pasado o del futuro– concurren en una única cosmovisión, lo cual falta en la obra de Clark Ashton Smith. No obstante, la lectura de Smith es sobrecogedora; tiene un talento especial para la descripción de lo negro, de lo maldito. Las texturas, los olores, los ambientes, los seres monstruosos, las cavernas –siempre protagonistas– sirven para configurar un ahogamiento literario en cada relato. En esto, sin duda, es un maestro.

Además, el libro ha sido publicado por Valdemar en su serie más elegante: Valdemar Gótica; y, ciertamente, esta obra merece estar allí. Si te gusta la fantasía impregnada de texturas decadentes, estoy seguro de que este libro te va a cautivar.

Pedro Ortega



Varios autores.

Retrofuturismos. Antología Steampunk.

Ediciones Nevsky. Madrid, 2014.

420 págs.

20,90 €

El término *steampunk*, acuñado por K. W. Jeter en la década de 1980, un poco a modo de broma, para describir las obras que estaban escribiendo Tim Powers, James P. Blaylock y él mismo como contraposición al popular *cyberpunk* de la época, está en pleno auge. Aunque a veces el término se use para definir solamente una estética muy característica, lo cierto es que el *steampunk* nació en la literatura de ciencia ficción. Como subgénero de esta última lo defiende Marian Womack, la editora de la presente antología, en el interesantísimo postfacio que acompaña a la obra. Para Womack, el *steampunk* no solo se centra en la nostalgia por la belleza del pasado (belleza, por cierto, imaginaria, ya que nada ha sido tan atractivo visualmente como se representa en el género), sino que también es un medio para hacer crítica social, al

reconocer en la sociedad victoriana un reflejo de nuestra sociedad actual.

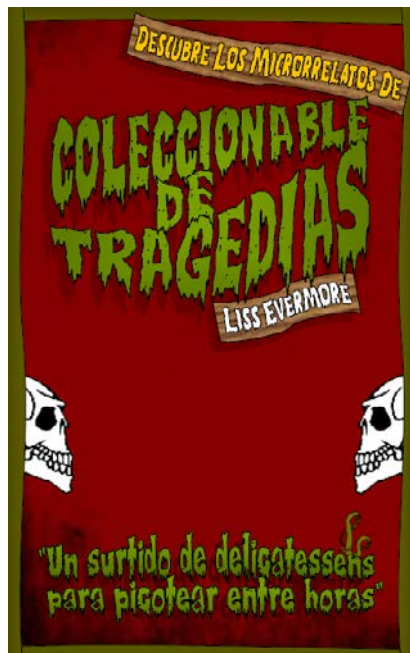
Nos encontramos ante la segunda antología *steampunk* publicada por la editorial Nevsky. La primera, *Steampunk. Antología retrofutura*, seleccionada por el escritor Félix J. Palma, se publicó en 2012. Los quince relatos que componen esta segunda antología son muy variados. Todos van más allá de la estética de los dirigibles y los engranajes, y pocos tienen lugar en el sempiterno Londres victoriano. Lo más importante es que gran parte de ellos incorporan elementos de crítica social.

La recopilación contiene quince relatos retrofuturistas, entre los que destacan el relato de Félix J. Palma, «La princesa del centro de la Tierra», que abre la antología con una historia ambientada dentro de su trilogía victoriana; «La biblioteca de BubbleLon» de Sofía Rhei, uno de los más interesantes de la colección, el cual está protagonizado por una bibliotecaria un tanto peculiar y concluye con un bonito guiño a Oscar Wilde; «Biocronografía del salto lateral: el teorema de Aub», un relato de Guillermo Zapata que cuenta con viajes en el tiempo, agujeros de gusano, el inicio de la guerra civil española y la presencia de Luis Buñuel, entre otros elementos; «Aborrecer a Lester J. Murray», de Laura Fernández, la historia más divertida y *pulp* del libro, trata sobre un dirigible parlanchín; el relato escrito por Rubén Sánchez Trigos, «Gigantes», trae a Georges Méliès al Madrid de la década de 1930 para montar un extraordinario parque de atracciones; «Tiros a la barriga», de

Jesús Cañadas, mezcla magistralmente la tecnología *steampunk*, la magia más arcaica y los sucesos de Casas Viejas (Cádiz, 1933); «Berlin Mechanical Men», de Noemí Sabugal, es un relato *hardboiled* que narra un conflicto centrado en la lucha de clases con autómatas de por medio; «El manco», escrito por Rocío Tizón, es otra narración de detectives y asesinos en serie; el relato de Luis Guallar, «Como dentro de un reloj», provoca en el lector la angustia de los mejores cuentos góticos, aderezando la clásica casa encantada de estos con autómatas y mecanismos varios; «Los hijos de Saturno», de Sergio Lifante, hace que la infame vampira de Barcelona protagonice una historia sobre una máquina capaz de traer la paz mental (eso sí, por un precio que no todos querrían pagar); «Prey's Moon», de Joseph Remesar, nos hace reflexionar sobre si bestias tales como los hombres lobo tienen conciencia; y, cerrando la antología, encontramos el relato de Ángel Luis Sucasas y Francisco Miguel Espinosa, «Las manos que construyeron América», ambientado en la guerra de la Independencia norteamericana, que cuenta la historia de dos hermanos junto a la de los bandos contingentes.

Retrofuturismos consigue demostrar la enorme versatilidad que puede llegar a tener el género, así como también que se pueden escribir relatos *steampunk* de una gran calidad fuera del ámbito anglosajón.

Gema Solís Villamarzo



Liss Evermore.

Coleccionable de tragedias.

Autoeditado. Valencia, 2014.

162 págs.

14 €

Dicen que lo bueno, si breve, dos veces bueno. El microrrelato es una construcción narrativa que se caracteriza por su brevedad y concisión, es decir, es un género complicado de trabajar porque hay que condensar las ideas en pocas palabras. Por eso encaja a la perfección con un lector que se halla dentro de esta sociedad urbana contaminada por las prisas.

Al microrrelato es, precisamente, a lo que se dedica Liss Evermore en este librito. Y si a esto se le añade una temática singular, podemos esperar un texto brillante. En ese sentido, lo que nos ofrece nuestro autor es un conjunto de «tragedias» —como él las llama—, que son breves relatos de terror pasados por el filtro de un humor punzante y macabro. En los textos más cortos, con solo una, dos

o tres frases tenemos una serie de «minitextos» tenebrosos y divertidos a partes iguales, que harán que el lector pase del frío al calor y de la sonrisa al espanto. Pero, ojo, no todo es humor tétrico: a lo largo del texto y de manera intercalada también podemos encontrarnos con pequeños cuentos puramente góticos.

Nuestra autora nos muestra su oficio como artesano del humor negro a lo largo de unas ciento cincuenta páginas. El hecho de conseguir arrancar una sonrisa al lector mediante un relato oscuro significa que el escritor ha sabido traspasar los límites de los lugares comunes de la literatura.

Dentro de la obra y tras el inquietante prólogo de Ginés Vera, Liss Evermore nos da la bienvenida en una «Introducción (al infierno)», donde nos empieza a meter el miedo en el cuerpo mostrándonos una vista panorámica de los textos que nos esperan; es como una advertencia que nos hace el cancerbero a las puertas del Hades. Nuestra sinuosa autora nos acompañará en un viaje de tres estaciones repletas de microrrelatos: primero, nos llevará a un «Parque de atracciones», donde los que pasaron por allí no disfrutaron tanto como esperaban; seguidamente nos detenemos en el «Depósito de cadáveres», donde la autora nos dice que nos va a presentar a unos amigos suyos que ya no están entre los vivos; por último, llegamos a nuestro destino, la «Mansión embrujada», un sitio en el que nuestro anfitrión nos servirá «la merienda». Es destacable la decoración ilustrativa del librito: en el parque nos topamos con telarañas, en el depósito con cuchillas y en la